

LA LITERATURA, ¿NODRIZA DEL CINE? O ¿LE GUSTARA A TOM HANKS?

Un relato de LUIS RAFAEL SÁNCHEZ

A pesar de la insistencia no recuerdo a ese gringo calvo y barbirrubio que se dice mi condiscípulo antiguo, un tal Douglas. Afirma que nos conocimos en la New York University donde, en efecto, yo estudié. Añade que coincidimos en un curso dictado por Francisco Ayala. Sí tomé dos cursos, conducentes a la Maestría en Artes y Ciencias, con dicho escritor español. Luego proclama haber leído un libro de mi autoría y vocifera el título.

El diálogo insólito ocurre en un escenario insólito: frente a la boletería del Gran Liceo de Barcelona. Ambos integramos la fila de quienes pretenden asistir a la representación de la ópera La gioconda de Ponchielli. Digo pretenden porque Deborah Voigt encabeza el elenco. Escucharla supone una asignación de cumplimiento inexcusable para los aficionados al arte del bello exceso. Además, el escándalo corona a la Voigt desde que la echaron del Teatro Covent Garden de Londres por gorda.

Objetar la gordura de una soprano supone objetar que la Luna salga por la noche. Por otro lado, ¿a quién le importan las carnes voluminosas de la Voigt si de ellas remontan las mil y una voces de su voz? Unas voces de calidades óptimas, puestas al servicio inalterable de la perfección.

Como era de esperar no quedan boletos. Resuello con desaliento, si bien me alegra poder desentenderme del tal Douglas, a quien adioso con la mano. Sí queda cerveza en los bares a lo largo de las Ramblas, ese vasto paseo arbolado y corazón comunal de la Barcelona donde aterrizo.

2 Mientras espero por el camarero, mientras observo a los caminantes haciendo camino al andar, me llega una pregunta desde una mesa algo lejana: ¿Estás de vacaciones o de negocios? Tardo en responder porque me falta la voluntad de hablar. Además, hay ocasiones cuando uno quiere reflexionar a contracorriente del ruido, ese hijo legítimo de las metrópolis. Si es verdad que la palabra liberta, también liberta el silencio. Más aún, hay silencios de belleza intoxicante. Lo saben los religiosos, postrados ante la mole de silencio iluminado que su fe asciende a divinidad. Lo saben quienes aman sin decirlo, ya sea por prudencia, madurez o cobardía.

Pero, el tal Douglas no entiende de la falta de voluntad para hablar ni del silencio como refugio e incapaz de reprimirse, salta a preguntarme: ¿Tienes nueva novela? Sonrío de medio cachete, paso el dedo por el copón de cerveza helada que me acaba de traer el camarero y le respondo con un sí lacónico. El supuesto condiscípulo toma el sí lacónico como la señal esperada para seguir interrogando: ¿De qué trata? ¿Es larga o corta? ¿Se desarrolla en tu país? ¿Tiene escenas de sexo escalofriante? ¿Le gustaría a Tom Hanks?

La pregunta última me hace una gracia enorme, a pesar de que la situación general no me resulta graciosa para nada. O el planeta Tierra se ha hollywoodizado de cabo a rabo o Tom Hanks es un crítico literario aterrador y no un actor excelentísimo. Aviniéndome al diálogo que no me interesa le replico: ¿Por qué mi novela tendría que gustarle al actor Tom Hanks?

Me mira perplejo. Cuando se recupera de la perplejidad explaya la voz y me alecciona: Porque si una novela le gusta a Tom Hanks ningún editor se negará a publicarla. Porque la literatura es la nodriza del cine. Porque el libro tiene los días contados.

3 Entre replicarle e irme opto por lo segundo. Pago y prosigo Ramblas arriba. En un puesto

librero compro una novela reciente de Juan Marsé, uno de mis escritores de cabecera desde cuando leí 'Últimas tardes con Teresa'. Recalo en la plazoleta del Caballero de Gracia y sigo a lo largo de la Avenida Diagonal. La recorro sin prisa y sin pausa, como lo haría el lobo estepario que siempre he soñado ser. A la par que contemplo la sucesión de palacetes sombríos reniego de cuanto dijo el tal Douglas sobre el cine y el libro, dos artes de diferencia notable en la superficie y el fondo. Uno reclama la oscuridad como contexto y el otro la claridad. Uno se disfruta en compañía numerosa y a una hora en particular y el otro no tiene horario preasignado de disfrute. Uno impone al espectador sus imágenes seductoras y el otro obliga al lector a visualizar las imágenes. Uno recurre a una pantalla externa para proyectarse y el otro se proyecta en la mente dinámica y refundidora de cada quien.

Al anochecer vuelvo al hotel, en la esquina de la Avenida Diagonal y la calle Muntaner. Apenas entrar en la habitación prendo el televisor. Como si fuera una diablura del tal Douglas asoma un primer plano de Tom Hanks en el filme kEl Terminal. De manera defensiva ojeo el ejemplar de la novela de Juan Marsé. Ya descalzo avanzo a reír del chiste y la profecía ridícula de quien se dijo mi condiscípulo. Pues a chiste suena considerar la literatura como nodriza del cine. Y a profecía ridícula suena enunciar que el libro tiene los días contados.

Luis Rafael Sánchez: Escritor puertorriqueño. Alfaguara acaba de publicar su novela Indiscreciones de un perro gringo.